

"Sectores estratégicos"

No sé sus nombres, ni sus caras, ni cómo visten, ni sus estados civiles, ni dónde nacieron, ni dónde viven, ni qué comen, ni qué hacen los fines de semana, ni cuánto tiempo hacen para llegar, ni si se lavan las manos veinte veces al día, ni si tienen agua en sus casas. Pero sé que están detrás de esa pared. Escucho sus voces puntualmente a partir de las nueve de la mañana. Gritan para hacer que su voz trascienda el tractorcito que mueve los materiales de un lado al otro: arena, granito, piedra. De lunes a sábado, de nueve de la mañana a cinco de la tarde, allí están puntuales detrás de esa pared. Sé que están llevando piedras, arena, granito de las bodegas hacia camiones distribuidores. Los he visto. Ahora los escucho.

De este lado de la pared, estoy yo, moviendo mis ojos entre las imágenes de mi celular y las de mi computadora. Solo salgo una vez a la semana a comprar víveres. Voy yo. No quiero recibir nada a domicilio. Me despedí de Don Alberto hace dos semanas, el señor de sesenta y tantos años que me trae los garrafones de agua en su bicicleta: "Cúidese. Usted está muy expuesto al ir de una casa a la otra", le dije. "Sí, señorita. Le guardé este garrafón. Esta semana, llegaron y se llevaron todo de la tienda. No me dejaron nada. La gente entró en pánico. A ver cuándo nos volvemos a ver", "Adiós". Sin embargo, ni de Mario, ni de la señora de las flores, me he despedido: sigo semanalmente a comprar mi queso, crema y jamón, en esa romería del mercado, donde lo que menos abunda es el metro y medio de sana distancia. Esas medidas japonesas son escasas en esos pasillos.

El resto de la semana, las noticias llegan a través de mi celular y de los ruidos de la calle. Unos discursos fascistas culpando a los pobres de ser pobres y pretendiendo meterlos a las casas. Le conté a un amigo que vive en Barrio Norte y dijo "es de risa loca ¿Sabes por qué? Porque el mensaje no llega a quien va destinado. Ayer hubo un pachangón con abuelita y todo aquí debajo de donde vivo". Otras imágenes, mostrando el esqueleto del sistema de salud público mexicano: enfermeros y doctores contagiados por no contar con el equipo de protección sanitaria ¿un camillero voluntario jubilado muerto? Sí, sí, leí bien. Efectivamente, un sistema de salud público despedazado, reemplazado por soluciones biomédicas populistas privadas, como el Dr. Simi, que a pesar de ser muy barato, sigue siendo privado y los casos letales de COVID19 no serán hospitalizados allí, ¿verdad? El coro de voces sigue al otro lado de la pared. Más discursos fachos, apelando al toque de queda: ¿toque de queda? Sí, sí, leíste otra vez bien, tras esos discursos va una imagen donde le meten una bala a unos despistados transeúntes nocturnos en algún país del Cono Sur. Y siguen llegando los ruidos de la calle: "Acérquese y pida sus ricos tamales oaxaqueños. Tamales calentitos". Más demostraciones de los recortes al sistema educativo: unas enfermeras chorreadas con cloro impedidas de subir el transporte público o unos habitantes queriendo quemar un hospital de pacientes de COVID19 ¿Las armas convertidas en un sector estratégico e imprescindible en Estados Unidos? Sí, sí, así es, al parecer, no están tan alejados de sus mismas películas apocalípticas y de zombies, donde un virus es combatido con armas. Y la discusión permeando a cada país en este planeta ¿cómo los gobiernos enfrentan la disyuntiva: "proteger la vida o el capital"?, es decir, ¿aislar y parar las labores de producción y distribución... o continuar? Misma pregunta que se ha vuelto más compleja al introducir la invasión a la privacidad, al estilo asiático, donde no han parado la

economía a costa de la vigilancia estricta a los ciudadanos, por medio de cámaras de seguridad y GPS.

Voy a la cocina. Preparo un café. Son las 4.45 pm. Viernes 3 de abril. Dos semanas de distanciamiento social: conciertos virtuales, llamadas por teléfono, reuniones por zoom, escritura de la tesis. Unos, como David Harvey, lo llaman las divisiones sectoriales para cubrir una cuarentena; otros lo llaman privilegio. Pero ¿acaso deberíamos llamarle privilegio? ¿Acaso el derecho a la salud es un privilegio? ¿Tendría que sentirme culpable? ¿Tendrían que sentirse culpables todas aquellas que permanecen en los trabajos de cuidado de enfermos en los hogares? ¿No tendría que ser un derecho universal, y no estar a merced sea de entidades públicas o privadas? La cafetera hace ebullición. Estas dos semanas, al igual que las otras, de lunes a sábado, las voces del otro lado de la pared han sido puntuales, puntuales para cargar los camiones con piedra y granito. En el otro lado de la cadena, el camión llega con mi prima, la arquitecta, para recibir esos materiales. Ella tampoco ha parado. Lo pidieron y les dijeron “No, la obra sigue. Hay 400 albañiles, unos con paga diaria, otros semanal. Si no trabajan, no comen. Lo más que podemos hacer es ponerles una llave de agua”. No es el único caso, evidentemente, por ejemplo, aquella empresa alemana en Yucatán donde tres de los 1500 empleados iban a trabajar con tos, posiblemente covid19. Son las 5 pm. Las voces van apagándose. En sus ecos, veo los límites de ese oscuro objeto del deseo, llamado derecho a la salud, el cual no es otorgado por el Estado, sino por las empresas. Y mientras vierto el café, me pregunto: ¿está completo su coro de voces? ¿Estará completo al final -si es que hay un final? Y mientras lo sorbo ¿Cargar y subir piedras a camiones es un sector estratégico e imprescindible? ¿Construir áreas residenciales a la orilla de la ciudad es un sector estratégico en una emergencia sanitaria? Unos dicen que es el fin del capitalismo. No sé. Yo sé que llega la noche y los vuelvo a escuchar la mañana siguiente.